

Soberanía y dominación: factores de paz y guerra en el Medio Oriente

Gilberto Conde
El Colegio de México

El conflicto israelí-palestino, en el que una parte busca dominar a la otra con base en la correlación de fuerzas, y en la que la otra no se da por vencida en busca de su independencia, parece estar convirtiéndose en paradigma de las relaciones internacionales en el Medio Oriente. Durante la época de la guerra fría, el enfrentamiento entre los bloques mundiales dejaba espacios en los que los países débiles se albergaban para reclamar una cierta capacidad para tomar sus propias decisiones. Aunque esos espacios han desaparecido con el final de la bipolaridad, los países de la periferia siguen buscando ampliar sus márgenes para el ejercicio de cierto grado de soberanía. Mientras tanto, las guerras actuales tienen mucho que ver con un intento de parte de la superpotencia triunfante por imponer con éxito la unipolaridad y hacer eficaz su dominación mundial.

Al final de la guerra fría, George H. W. Bush (el padre) formuló su promesa de un nuevo orden mundial. Según quería hacer creer, el final de la superpotencia soviética nos dejaba ante un mundo en el que la Unión Americana, dominante pero justa, podría hacer valer los principios básicos de la convivencia entre las naciones. Ya no se le permitiría a ningún estado, chico o grande, abusar de sus vecinos, como muchos habían hecho antes aprovechando los intersticios que se formaban en el combate entre los dos bloques. Ahora, Estados Unidos dominaría el mundo y traería la paz, en especial al Medio Oriente. ¿Y qué ha sucedido? Después de una

década de esperanzas, la anulación del diálogo y espíritu de concordia en esa región.

Los dirigentes de Estados Unidos se han propuesto imponer una *pax americana*, al estilo de la vieja *pax romana* o la *pax británica*, en que el imperio conquista provincias, se apropia de su soberanía y las pone a producir para la oligarquía del centro. Pero ni Washington es Roma, ni los pueblos de la tierra son como los de hace dos mil años y ni siquiera como los de hace un siglo. Es cierto que los instrumentos de control se han sofisticado, pero también la voluntad de independencia y bienestar. Después de que los pueblos han visto que las decisiones se pueden tomar localmente, es muy difícil que se sometan con docilidad al mando extranjero.

A inicios de la guerra fría, en la década del cincuenta, la administración americana sintió que su país era el más rico y poderoso del mundo. ¡Era el vencedor de la segunda guerra mundial! Mientras el planeta se dividía en dos bandos, quiso obligar a todos los países a que la siguieran en su lucha contra el comunismo. Por ello, prometía acabar con la dominación directa del colonialismo europeo, y dar ayuda económica. Muchos países la siguieron. Sin embargo, pronto se hizo evidente que lo que traía entre manos era una suerte de neocolonialismo en que importaban menos los deseos de los gobiernos locales y más las maquinaciones geoestratégicas del centro.

Al inicio los gobernantes locales se ilusionaron quisieron aprovechar y participar del desarrollo y la paz. Sin embargo, muchos terminaron por percatarse de que las condiciones de la ayuda implicaban someter a sus países a los designios estadounidenses e incluso británicos. Estos, por su

cuenta, lo que buscaban era integrar a los países árabes en su sistema de defensa por medio de un pacto militar.

Entonces, los norteamericanos hicieron una propuesta para que árabes e israelíes se entendieran. El tema selecto era el reparto de las escasas aguas de la zona. Con dólares y un acuerdo bien discutido, podrían hacer reverdecer no uno, sino todos los desiertos. De un golpe, esperaban obtener el reconocimiento árabe de Israel e incluirlos a todos en el sistema de seguridad occidental para vetarle la entrada a los soviéticos al petróleo de la región. Los líderes de la zona aceptaron participar en el proyecto. El presidente de Egipto, Gamal Abdel Naser, le echó todo su peso a promover el esquema negociador. Durante cerca de dos años hizo campaña entre sus colegas árabes para que participaran en la discusión y aceptaran la propuesta pactada.

Sin embargo, los dirigentes locales pronto descubrieron que pertenecer al bloque fuerte no les daba derecho a decidir lo que podían hacer en su propio país. A Naser le ofrecían un crédito para construir una gran presa en Aswán para que el país tuviera electricidad y más agua para irrigación de manera que pudiera darle empleo y alimentos a su creciente población. Pero las condiciones eran severas. Debía hipotecar su economía y firmar pactos militares, cediendo derechos a las grandes potencias del Oeste. Cuando, en una fuerte incursión a Gaza, militares israelíes mataron a 35 soldados y civiles, e hirieron a otros tantos, el dirigente egipcio le pidió armas al gobierno de Estados Unidos para defenderse; pero éste se las negó. Lo único que se esperaba de él era que inclinara la cabeza, extendiera la mano para ver cuánto le otorgaban y diera las gracias.

Naser y otros líderes de la zona se dieron cuenta que sus países podían aspirar a gozar de un mayor grado de

soberanía abriéndose espacio en medio de los dos bloques, colaborando con ambos. Nehru, Tito, Naser, Sukarno, Chou En Lai y decenas de presidentes de países en desarrollo se reunieron en Bandung y trazaron un camino de neutralidad, de no alineamiento, que, a pesar de muchos errores, les permitió mandar en sus propios países y trazarse cierto camino independiente.

Los líderes de otros estados de la zona optaron por la alineación total con Estados Unidos. Eso les funcionó a unos y a otros no. Turquía e Israel, que hicieron suyo este esquema, obtuvieron abundante apoyo y muchas ventajas. Luego, incluso ellos aprendieron que era mejor tomar alguna distancia del Hermano Mayor. Otros dirigentes, como el primer ministro iraquí, sucumbieron ante la rebelión del pueblo que se oponía a que su país entregara sus riquezas y su apoyo a las potencias que los oprimían.

El Medio Oriente pagó un alto precio por la soberanía conquistada. Allí la guerra no fue fría. Israelíes y árabes, con o sin involucramiento occidental, chocaron en 1956, 1965-1966, 1967, 1968-1970, 1973, 1978, 1982, por mencionar sólo algunas fechas. Israel ocupó territorios palestinos, egipcios, jordanos, sirios y libaneses. También hubo guerras que enfrentaron a países árabes partidarios de Estados Unidos con no alineados.

Estos enfrentamientos, aunque siempre tuvieron causas locales y regionales, también estaban relacionados con lo que pasaba en el resto del mundo. La guerra de 1956 da un ejemplo en extremo elocuente. Gran Bretaña y Francia atacaron a Egipto por la nacionalización del Canal de Suez. ¿Y los israelíes por qué atacaron? Era una guerra preventiva por si los egipcios faltaban a su palabra y le cerraban el paso a sus navíos por el canal. Más pareció una colaboración con los

viejos imperios para disciplinar a los egipcios, demasiado celosos de su soberanía, para acabar con Naser, demasiado celoso de los derechos de su país y de los árabes.

Para combatir el radicalismo y el independentismo en la región, occidente decidió apoyar al islam, no como religión, sino como movimiento político que le restara adeptos al nacionalismo laico y al comunismo. Alentó a los gobiernos conservadores a que repartieran dinero para promover esta alternativa. Tras la guerra de 1967, un aire de fracaso afectó a los partidos laicos. Habían fallado en proteger sus territorios, en conseguir justicia para los palestinos, en garantizar la paz, en dar una conducción económica eficaz a sus países y en garantizarles derechos democráticos a sus poblaciones. El islam político progresó.

Pero como debió haberse esperado, este movimiento terminó convirtiéndose en un fenómeno mucho más radical y antioccidental que las opciones anteriores. Ante la falta de resolución de los problemas del Medio Oriente, a veces ha tomado formas violentas.

Con la desintegración de uno de los dos bloques en 1991, acabó la confrontación Este-Oeste y, con ella, los intersticios dentro de los que se amparaba la ampliación de la soberanía de los estados débiles. Fue entonces que los líderes de la superpotencia vencedora de la guerra fría se propusieron imponer sus designios a escala mundial y su nuevo orden mundial. Sin embargo, las redefiniciones geoestratégicas han tomado bastante tiempo, toda una década, en hacerse evidentes. A pesar de la pérdida de márgenes de maniobra, muchos líderes locales se han resistido a abandonar totalmente su soberanía. Otros sí han intentado plegarse por

completo a la superpotencia vencedora. Pero por ahora ninguna de las dos opciones ha producido resultados extraordinarios.

Hay que decir que la soberanía de los países en desarrollo ya se había empezado a deteriorar con las crisis económicas de finales de la década del setenta y sobre todo durante la del ochenta. La crisis de la deuda, pero sobre todo la caída de los precios del petróleo y de otras materias primas, hizo vulnerables a numerosos países. Los representantes de las agencias monetarias globales viajaban de capital en capital dando órdenes de cuáles eran las prioridades, qué empresas debía vender el estado y de cuántos empleados públicos se debía deshacer. La soberanía se estaba convirtiendo en lo que algún autor norteamericano ha llamado hipocresía organizada.

En aquel 1991, parte de su preparación para la etapa venidera, la administración conservadora de Bush padre se mostraba a la vez dura y magnánima. Llamó a todos los países del orbe a seguirlo a invadir Irak y restaurar la soberanía de Kuwait. A poco de la victoria militar, nos prometió que el Medio Oriente, después de batallar durante tantas décadas, por fin viviría en armoniosa concordia. Convocó a una gran conferencia en Madrid para mostrar que era capaz de reunir a musulmanes, judíos y cristianos, árabes y europeos, a conversar de paz. Cada quien en su propio territorio, con fronteras fijas y sin que nadie amenazara a sus vecinos, ya todos podrían prosperar.

Inició un proceso de negociaciones que la siguiente administración estadounidense, la de Bill Clinton, edulcoró con las promesas de las ventajas económicas que esto podía reeditar. Habló de los dividendos de la paz y reorientó los ahorros del armamentismo de la guerra fría a mejorar los negocios. En el Medio Oriente, hizo espejear las ventajas que

la cooperación económica y los mercados sin barreras podían traer al renovar las casi ya olvidadas promesas de mejoría material.

Se obtuvieron varios logros importantes. Palestinos e israelíes no sólo se sentaron a negociar, sino que incluso firmaron varios acuerdos que garantizaban el reconocimiento mutuo y la existencia de derechos en términos de territorios, agua y seguridad para ambos pueblos. Más aún, se permitió la formación de una Autoridad Nacional Palestina que, a pesar de algunas fallas típicas de cualquier administración naciente en un país en desarrollo, mostró su capacidad para gobernar partes de su territorio, mientras garantizaba la calma con sus vecinos. En la vía jordano-israelí se avanzó mucho más y se logró firmar un tratado definitivo de paz. Más difícil aún, hubo avances que se creían impensables; los representantes de Siria e Israel estuvieron a dos dedos de firmar la paz.

Sin embargo, en conflictos tan prolongados y severos, la paz no es algo que se logre con timidez y dando medios pasos. Si tan sólo se hubieran recortado el periodo de culminación del proceso, como se hizo en la vía jordano-israelí, en la que las negociaciones culminaron rápidamente en 1994, probablemente se podrían haber obtenido resultados favorables en Palestina e incluso en Siria y Líbano.

Cuando un terrorista israelí mató al primer ministro Itzhak Rabín, le dio un golpe fatal a las esperanzas de tranquilidad. Pareciera que el propósito del asesino hubiera sido infundir miedo en subsecuentes dirigentes de su país para que cada uno quisiera dejarle a algún futuro sucesor la peligrosa tarea de pactar un acuerdo de estatuto final con sus vecinos.

Hay que decirlo; parte del problema fue que las esperanzas de concordia y progreso económico se supeditaron a una especie de fe ciega en la capacidad de Estados Unidos para guiarlos por ese sendero. Pocos se dieron cuenta que, sin embargo, dentro de las élites políticas y económicas estadounidenses había un enconado debate por la geopolítica a seguir en el periodo de posguerra fría. Ya desde entonces se estaba creando un abismo entre, por un lado, los partidarios neoliberales de la armonía mundial para el progreso de los mercados y la primacía estadounidense en el mundo y, por el otro, los partidarios postrealistas del rearme estadounidense para el dominio sobre el mundo y el mantenimiento de sus ventajas económicas. La diferencia pareciera de matiz, pero en realidad es abismal.

Aún antes de tomar el poder en Washington, este otro bando empezó a boicotear las labores pacifistas de Clinton en el Medio Oriente. Personajes ligados al ahora vicepresidente Dick Cheney asesoraron al primer ministro israelí Benjamín Netanyahu para que abandonara el paradigma de negociación de "territorios por paz" y adoptara uno basado en el balance de fuerzas que, obviamente, lo favorecía. Así lo hizo, y el proceso se detuvo. Cuando los laboristas volvieron a la administración en Tel Aviv, resultaron incapaces de llevarlo a buen fin en los tiempos requeridos.

Desde finales de 2000, con el cambio de administración en la Casa Blanca y el regreso de los neoconservadores al poder, el quehacer geopolítico de Estados Unidos se ha transformado de manera peligrosa. Volvió a la administración el partido convencido de que la victoria de la guerra fría debe traducirse en una hegemonía mucho más amplia sobre el resto del orbe. Los modelos son numerosos; los

neoconservadores están fascinados con el del imperio británico y Lord Churchill. Pero al igual que en la época de Eisenhower, Dulles y McCarthy tras la segunda guerra mundial, los líderes estadounidenses van por el mundo con la ilusión de que al vencer en la guerra fría son imbatibles. No esperan del mundo más que obediencia.

Una diferencia importante con Eisenhower y coincidencia con el imperio británico, es el abandono de la pretensión wilsoniana de respeto a la autodeterminación de los pueblos. Sin abandonar el recurso al neocolonialismo, la administración Bush parece haber decidido ocupar duraderamente ciertos países que le parecen clave. En consecuencia, ha vuelto a la cargada con una ola de militarismo que parece dominarlo todo. Le miente a su propia ciudadanía para enviar a sus fuerzas armadas a ocupar países por motivos inconfesables. De las supuestas faltas a la legalidad internacional, pasa a la imaginaria existencia de armas de destrucción masiva y de ahí a la imposición violenta de una democracia acotada por la dominación imperial. Todo tratando de disimular los intereses estratégicos de su país en la región.

Sin embargo, como indican las otras ponencias leídas en esta mesa, más pronto que tarde la situación les puede estallar en las manos a los aprendices de brujo de Washington. Si sus ilusos deseos se hubieran realizado como soñaban, ya habrían sacado parte de sus tropas de Iraq para mandarlas a Siria, Líbano e Irán y ya tendrían en prisión a miles de personas que están hartas de décadas de intervención estadounidense en la zona. Muchos allí saben que Estados Unidos nunca les ha traído ni democracia ni libertad ni bienestar. Pero la cosa no es tan sencilla.

Lo que ahora promueven es una utopía conservadora postrealista, es decir, idealista. Tal como lo plantean con poco recato los propios neoconservadores en numerosos documentos públicos, buscan perpetuar la dominación estadounidense sobre el mundo. Sueñan con que tienen la capacidad material de evitar que otros países, solos o en alianza, logre tener una capacidad económica o militar capaz de competir con la suya. Se sienten con el derecho de arrollar pueblos en su propio nombre. En realidad se trata de una cesión total del derecho de los pueblos a decidir sobre sus opciones económicas, políticas y de alianzas internacionales. Enervados, piensan que las teorías del efecto dominó, que sus progenitores achacaban y reprochaban a los socialistas y a los revolucionarios, las pueden aplicar ellos para atraer a los pueblos que quieren dominar a colaborar en el derrocamiento de regímenes que los propios gobernantes estadounidenses han contribuido a establecer y sostener.

De nuevo, dos tendencias principales aparecen entre los países del mundo. Por un lado, un cierto número de gobernantes se somete mientras sueña con convertir a sus países en súbditos de primera. A lo sumo, aspira a congraciarse una imaginaria e interesada generosidad estadounidense a cambio de su colaboración en lo que se le pida. Por el otro, se ven surgir nuevos dirigentes que buscan establecer cierta distancia respecto del nuevo imperialismo y entran a la lista negra. Son pocos, sin embargo, los que esperan poder ejercer libremente su soberanía. En medio, entre la espada y la pared, se ubican aquellos que independientemente de lo que decidan serán objeto de amenazas o agresiones. Es el caso de no pocos países que tienen la

desgracia de ser ricos en petróleo o de estar ubicados cerca de ellos.

La situación actual es difícil para todos. Para los dirigentes que buscan establecer márgenes y mantener cierta soberanía, las presiones estadounidenses van a continuar y aumentar. Mientras tanto, sus poblaciones querrán más libertades y mejores condiciones de vida. Los líderes que están dispuestos a someterse al nuevo imperialismo tendrán grandes dificultades, ya que se encontrarán entre la pared de lo que la administración norteamericana exige de ellos y la espada de lo que su población está dispuesta a permitirles. Finalmente, para los actores belicistas del centro del sistema las perspectivas tampoco son brillantes. Como se ha visto, sus conquistas son frágiles y costosas. Además, corren el riesgo de ocasionarles problemas en casa.

Lo más seguro es que cada uno de los actores se empeñe en mantener su línea en lo esencial, haciendo modificaciones tácticas aquí y allá, durante el máximo tiempo posible, esperando que la situación termine por tornarse insostenible para sus adversarios. Es mucho lo que está en juego. Para la mayoría de los gobiernos duros del Medio Oriente, ceder equivale a perecer. Para la administración Bush, retirarse, por ejemplo, de Iraq puede comprometer el futuro de su país como superpotencia mundial.